

CONALI INFORMA

“ LITURGIA Y ARTE ”

P. Fernando León ss.cc

Antes del Concilio Vaticano II

En diciembre de este año 2013 celebramos los 50 años de la Constitución sobre la Liturgia del Concilio Vaticano II, mucho de su contenido ya ha sido bien implementado en nuestras celebraciones, pero sin duda su labor no está agotada y aún queda mucho por explotar. Si esta Constitución fue la primera en aparecer se debe en buena medida a que la ciencia litúrgica venía trabajando estos temas y la labor estaba ya bastante avanzada, no solo entre los liturgistas sino también entre los artistas que fueron pioneros en esta Reforma Litúrgica.

Algunos buenos ejemplos encontramos en Europa, con Romano Guardini en sus escritos y en el diseño de un espacio de celebración totalmente en el espíritu de la reforma. El contexto era el trabajo con jóvenes en los años 50 en el castillo de Rothenfels, en Alemania. El arquitecto Le Corbusier con dos iglesias modernas en Francia (tienen varias otras), una en el este (Ronchamp, centro de peregrinación) y otra cerca de Lyon (La Tourette para religiosos dominicos), y el hermoso trabajo del pintor Henri Matisse en el sur de Francia para las religiosas dominicas en Vence, donde diseña el mobiliario, la decoración de muros y vitrales además de los ornamentos, todo esto antes del Concilio. Del mismo modo en Chile hay numerosos ejemplos, basta citar la obra de los religiosos benedictinos Gabriel Guarda y Martín Correa en su Monasterio en Las Condes, o la que fue la iglesia del Seminario de Santiago en La Transfiguración del Señor, ambas iglesias que se adelantaron a su tiempo y ayudaron a consolidar un nuevo modelo de eclesiología que se hacía transparente en estos espacios celebrativos. La teología dogmática también aportó muchos conceptos para la reflexión y que ayudaron a pensar mejor los aspectos estéticos de la Revelación y su manifestación concreta en edificios, música, gestos, etc., particularmente importante en esto es el teólogo Hans Urs von Balthasar, con una obra monumental.

El arte un oficio

En el vocabulario litúrgico suele utilizarse el vocablo “oficio” para referirse al rezo de la Liturgia de la Horas, también hablamos de “oficiar” una misa, este tipo de oficio se toca con el de los artistas, aquellos que detenta un don y son capaces de crear y trabajar con sus manos la materia y los sonidos. Oficio de escultor, de pintor o de músico, del mismo modo, en la Iglesia todos los actores en liturgia son artistas con un oficio que se ejercita día a día, es el arte del encuentro con Dios que está mediado por ritos concretos en espacios y con gestos y signos que deben ser puestos en escena. Se trabaja diariamente para poner en obra la Obra de Dios, aquella en que Se nos comunica. En este oficio, nuestro y de Dios, el nos viste en nuestras indigencias, nos alimenta en nuestra pobreza, nos hace descansar en nuestra fatigas, su música nos alegra en nuestra apatía, su casa nos protege.

El arte es proporcional

Entendemos normalmente la proporción como aquella “disposición, conformidad o correspondencia de las partes de una cosa con el todo o entre cosas relacionadas entre sí” (Real Academia Española), esto que vivimos en la vida cotidiana es particularmente sensible en el mundo del arte, al punto que obra de arte y proporción llegan casi a confundirse. En la música es la armonía la que nos da esa proporción, en la arquitectura tiene que haber relación con el entorno y el tamaño humano, en el diseño la ergonomía y la calidad de presencia de los objetos le dan su valor. Del mismo modo la Liturgia exige una justa proporción tanto con la asamblea que celebra como con el Misterio se celebra.

Liturgia proporcional a la Asamblea que celebra

“Con respecto a la asamblea concreta que celebra, la Liturgia debe ser a escala humana, a la medida específica de esa comunidad y su entorno. Cuando celebramos a Dios, la comunidad realiza un acto comprometedor, es una actuación (real y con aspectos teatrales) del Pueblo de Dios, y como tal busca la plena verdad, y la verdad de la Liturgia solo brillará cuando esa comunidad se toma muy en serio este oficio, como un asunto propio y no venido de fuera de ella” (François Cassingena-Trévedy, o.s.b, “La liturgia, arte y oficio o Cuando las artes se ponen al Servicio”). Asunto propio de personas que se saben ante la Presencia de Dios. La Escritura ya nos pone en alerta frente a este tema (Mateo 15,8 / Isaías 29,13) “Este pueblo me honra con los labios pero su corazón está lejos de mí.” Para celebrar en verdad debe la comunidad rodearse de aquellos objetos, imágenes y música que le son propios, que los identifican culturalmente. Hay aquí un espacio privilegiado para la inculturación de la Liturgia a través de los objetos de la celebración y de la arquitectura. No sería “verdadero” para una comunidad de la zona de Arauco construir en pleno siglo XXI una iglesia de estilo barroco italiano. Nada en contra de ese estilo, pero es una zona de fuerte presencia Mapuche, con gran producción de madera, rural... y una iglesia actual debería honrar la cultura del lugar, sus paisajes, la arquitectura contemporánea y los

medios realmente disponibles para permitir a esa comunidad realizar una Liturgia comprometida con lo que ellos son, a escala regional.

Liturgia proporcional al Misterio que celebra

Celebramos “aquí y ahora”, en un tiempo social concreto y con los pies bien puestos en la tierra, lo hacemos de pie y bien plantados en este mundo; celebramos la Liturgia que nos lleva a la dimensión trascendente de la vida, que abre nuestra existencia al Misterio de Dios. Por eso nunca la Liturgia puede ser la autocelebración de la propia comunidad. La Liturgia es ese punto de encuentro entre Dios y la comunidad, personas y Dios coinciden en un mismo espacio, como dos líneas que se cruzan en un plano arquitectónico, coinciden además en los textos que se proclaman y en la manera de hacerlo, coinciden en las notas de los instrumentos que ponen toda su belleza para ayudar a que este encuentro se produzca. Solo la asamblea que se autocelebra le pone un “techo” al encuentro con Dios, no pudiendo ir más allá. Muchas iglesias conservan aún en su cielo hermosos frescos con imágenes angelicales, con astros luminosos y escenas de aquellos santos que ya están en la casa del Padre, hermosas imágenes que nos recuerdan que la celebración está abierta, “sin techo” para hacer el doble movimiento de salir a Dios y permitir que Este se nos acerque. Esto desafía la decoración de nuestros templos, la manera de disponer las bancas y sillas, ¿es el altar un punto donde se cierra la comunidad, donde todo termina, o es un umbral de paso hacia la luz?

Atrevemos a dejar un huella

Más arriba vimos cómo el arte litúrgico se adelantó a la Reforma Litúrgica, ejemplos que dejaron una huella y que perduran. Hubo momentos de osadía, de atreverse a llamar a artistas contemporáneos para pensar el espacio sagrado (cabe señalar que el primer proyecto de la iglesia de los benedictinos en Las Condes era un diseño neo-clásico, y se atrevieron a probar con dos jóvenes monjes arquitectos). Copiar hoy en día un estilo del pasado no es dejar huella, no es abrir caminos, no es dejar un testimonio de la sensibilidad propia de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Una catedral antigua que no incorpora el arte de cada tiempo se convierte en un museo y no en un espacio vivo donde habita una diócesis viva. Un buen ejemplo de presencia de arte contemporáneo es la remodelación de la cripta de la Catedral de Santiago. Uno de los aspectos de la Reforma Litúrgica donde aún hay camino por avanzar es en el arte sagrado, basta recordar que la Constitución sobre la Liturgia, en su número 46 nos dice “Además de la Comisión de Sagrada Liturgia se establecerán también en cada diócesis, dentro de lo posible, comisiones de música y de arte sacro. Es necesario que estas tres comisiones trabajen en estrecha colaboración, y aun muchas veces convendrá que se fundan en una sola”. Desgraciadamente no ha sido posible establecer esta comisión de arte en muchas diócesis, lo cual ha permitido que muchas iglesias nuevas no tomen en cuenta en su diseño la eclesiología actual y el espíritu de la Reforma. Afortunadamente hay mucho espacio para crecer en este aspecto, y más entusiasmante aún, hay mucho terreno para el diálogo con la

cultura actual. La evangelización de los pueblos siempre ha pasado por el encuentro entre el Evangelio y las personas de cada tiempo, pintores actuales pueden ayudarnos a mirar a Jesús con los ojos de hoy. Jóvenes músicos pueden llevarnos a alabar a Dios con nuevas melodías, escultores que nos ayuden a encontrarnos con María como mujer de nuestros tiempos, vitralistas que pinten de colores la Luz que nos viene de lo alto; y lo más importante, no solo pueden ayudarnos a nosotros a encontrarnos con Dios, pueden permitir sino a todos aquellos que no se han encontrado aún con la fe hacerlo al sentirse atraídos por un Dios que tiene las formas, los sonidos y los colores del presente.